

al tiempo de la salida de la Habana y de la llegada a New-York. Nuestra vida á bordo se deslizaba lo mismo que en la navegacion anterior; el primer dia nos mareamos, y los otros cuatro restantes los pasamos ya mejor.

CAPITULO XI.

Navegacion de la Habana á New-York. Nuestras impresiones durante la travesía. La salida del Sol. Alimentos que preferiamos á todos los demas. Marta continúa el relato de su historia. Tiempo que tardó la navegacion y cómo lo empleamos. Temores que tuvimos en uno de esos dias, con motivo del mal tiempo. Amenaza de incendio. Nuestra vida á bordo en los dias subsecuentes hasta nuestro desembarco. Llegada á New-York, hora en que llegamos y sensaciones que experimentamos hasta nuestra instalacion en el Hotel Clarendon.

Nuestra vida á bordo se deslizaba lo mismo que en la navegacion anterior; el primer dia nos mareamos, y los otros cuatro restantes los pasamos ya mejor.

Habiamos dejado algunos pasajeros en la Habana, pero en cambio traimos otros nuevos en nuestra compañía.

La mayor parte del tiempo lo pasábamos sobre cubierta, era este el lugar donde nos encontrábamos mejor.

Habiamos oido ponderar mucho el crepúsculo de la mañana contemplado en alta mar, y deseosas de gozar de tan bello panorama, nos combinamos con Marta, y una mañana hermosa y serena nos levantamos á las cuatro para admirar el nacimiento del Sol y el crepúsculo de la aurora.

Salimos pues unidas de nuestros camarotes, y en medio del silencio de aquella hora, subimos sobre cubierta, y allí nos sentamos bien abrigadas, esperando impacientes el momento de gozar de la bella perspectiva que esperábamos, dulcemente reclinadas en el barandal de la cubierta, contemplábamos la suave corriente de las olas, en cuyas apacibles aguas se reflejaban los astros que brillaban en el firmamento.

¡Que espectáculo tan bello y tan grandioso para un amante de la naturaleza!.....

Eran pues dos cielos los que teníamos á la vista; uno que imponente se elevaba sobre nuestra cabeza, y otro que magestuoso se extendía á nuestros piés!.....

¡Qué brisa tan agradable acariciaba nuestra frente, qué ambiente tan suave se respiraba en la mañana!.....

La luz del dia comenzaba á mezclarse con las sombras de la noche, las tinieblas iban disminuyendo gradualmente, el denso velo, que cubria la

tierra, comenzaba á descorrerse en misteriosos pliegues, á medida que la luz iba extendiéndose en el firmamento!.....

Ya una parte del cielo aparece iluminada; los astros en ella palidecen, y parecen retroceder á la aproximacion del dia; miéntras el Oriente presenta este cuadro, en el Poniente contemplamos que la noche todavía extiende bajo la bóveda de su cielo un manto azul; tachonado de brillantes y záfros: las estrellas deslumbradoras que lo iluminan, parecia que reanimaban todo su fuego, y brillaban con mas esplendor, para oponerse á la aurora.

Vanos eran sus esfuerzos, el Oriente se cubria de mas ricos y bellos colores! Un viento apacible estremecia dulcemente las nubes, haciendo tambien balancear las olas; Vénus, la reina de las estrellas, disputaba todavía ella sola á la aurora el imperio de la mañana; pero contenta con haber luchado un instante, previene su derrota por una fuga lenta que deja indecisa la victoria.

El triunfo de la aurora es completo y rápido, jímágen natural del placer, nada es tan brillante como su aparicion!.....

Un fuego vivo iluminó despues el Oriente, borrando con su clara luz los dulces tintes del alba.

El rey de los astros apareció naciendo del seno de las aguas, semejante á un globo de fuego; mediante la rotacion de la tierra, parece que se eleva recorriendo una línea curva; á medida que avanza en el firmamento, su tamaño se reduce, y cambia su color de fuego, por el brillo del oro; sus rayos entónces mas prontos y mas ardientes descienden hasta nosotros.

Los dulces vapores que atrae, forman en el aire las ligeras nubes, que arrebatadas en alas de la inconstancia y del zéfiro, forman deliciosos grupos en el dilatado espacio de los cielos.

Absortas contemplábamos ese delicioso espectáculo. ¡Qué objetos de meditacion tan sublimes! ¡El incendio aumentaba, el Oriente parecia inflamado!..... A su brillo parecia detenerse el astro del dia. Mucho tiempo ántes que el sol, aparece su luz, prestando al horizonte los colores mas vivos, y ostentando á nuestros ojos los celages mas bellos. A cada instante creíamos verlo aparecer y al fin nuestra ilusion se convirtió en realidad.

Un punto brillante partió como un rayo, y llenó pronto todo el espacio, rómpese el velo de las tinieblas, y la creacion se presenta en todo su esplendor. Entónces el hombre reconoce su mo-

rada, y la encuentra embellecida con todos los encantos de la luz.

El día naciente, que nos ilumina, presenta los primeros destellos que nos hacen ver todos los objetos que nos circundan, llenándoles de atractivo irresistible, y todo esto visto en alta mar, reproduciéndose sobre las aguas, presentan cuadros tan variados y sorprendentes que extacian el alma.

¡Qué sensaciones tan bellas nos producen! ¡Qué panorama tan magnífico nos presentan!

Al contemplarlo, se eleva el pensamiento hasta el trono del Omnipotente que tan solo con su palabra divina sacó de la nada tan inmensas y sublimes maravillas, y nuestra alma absorta ante el Altísimo se siente llena de gratitud y de asombro!

Sentimos toda nuestra pequeñez y miseria, y nos anonadamos ante ese Ser inmenso é incomprendible, que tan maravilloso es en sus obras, y en el admirable orden con que las gobierna!...

Llenas de entusiasmo salimos de nuestro arrobamiento, proponiéndonos no perder ninguno de los siguientes días, el gozar del hermoso espectáculo que tanto nos habia extaciado esa mañana.

Hay placeres que no pueden tenerse siempre,

y este es uno de ellos, porque para repetirse incesantemente, era preciso vivir en el mar, pues en la tierra, aunque siempre es bello el crepúsculo de la mañana, nó es ni una sombra si lo comparamos con lo que él es en alta mar.

Delicioso nos era abandonar el lecho; y renunciar á las dulzuras del sueño y del reposo todas las mañanas, para sentir los encantos y admiracion, que siempre producía en nosotras la contemplacion del crepúsculo matinal.

Poco tiempo despues que hubimos bajado de la cubierta, llamaron al almuerzo; Marta, imitando nuestra antigua costumbre, no asistió á la mesa, sino que esperó á que nos trajesen lo que á esas horas acostumbrábamos tomar, reservándonos para la comida, que de ordinario se reducía á un trozo de carne ó pavo, con papas, gallina con arroz, y un gran plato de pasteles, pasas, almendras, ciruelas, dátiles, higos secos etc., que es lo único que no se aborrece á bordo, pues todo lo demas, era para nosotras un verdadero suplicio el tomarlo. No sucede sin embargo así á todas las personas pues las hay que tienen buen apetito en el mar, y para estas, la mesa es un placer, porque en general es buena y abundante la comida que se sirve en los vapores ingleses y norte-americanos.

Concluida la comida, rogamos á Marta que nos prosiguiese su historia, tan llena de interés, y como en esos momentos Julia dormia profundamente en sus brazos, fuimos á depositarla en la cama, y en seguida regresamos al salon, y sentándonos lo más cerca posible del camarote, para atenderla en caso necesario, continuó nuestra querida amiga su relato en estos términos:

—Segun recuerdo, dije á vdes., ó les hablaba, de la partida á España de mi padre, y allí suspendimos la conversacion; entro ahora en la parte de mi vida que fué el principio de mis mas sérios sufrimientos.

La ausencia de mi padre operó en mí el cambio, que tanta parte ha tenido en mis padecimientos.

No teniéndolo ya á mi lado, de nuevo comenzaron las exigencias de Arturo, que hasta entónces se habia mostrado tan prudente para conmigo; rogábame con un fuego cada dia mayor que le escribiese, porque él ya no podia seguir sufriendo los horribles tormentos de mi silencio. Al principio le rehusé este consuelo, pero comensó á mostrarse sériamente disgustado, y temerosa entónces de que su amor se entiviara por la resistencia, accedí á su súplica, y pronto se en-

tabló de nuevo una correspondencia diaria entre nosotros.

Mi buena madre estaba muy léjos de sospechar siquiera lo que pasaba, y vivia tranquila; pero desde la partida de mi padre se habia operado en su génio un cambio notable, estaba siempre triste, y á menudo veia yo correr sus lágrimas; en vano la prodigaba mis consuelos y caricias, pues me decia: déjame Marta, déjame llorar, tengo el presentimiento de no volver á ver á tu padre, y ¡el corazon rara vez engaña! Al pronunciar estas palabras redoblaba su llanto, y eran inútiles mis esfuerzos por consolarla.

Yo vivia triste al lado de mi madre; la ausencia de mi padre habia impreso en mi carácter cierta melancolía, el luto habia entrado en nuestra casa, y yo no encontraba consuelo ni placer más que en el amor de Arturo, él formaba toda mi delicia, él era mi mas cara esperanza; así trascurrieron seis meses, mi padre no llegaba, y dejamos de recibir noticias suyas.

Creció la affixion de mi pobre madre, y se convirtió en desesperacion; pasábase llorando las noches y los dias, y todos mis esfuerzos, y todas mis manifestaciones de ternura eran impotentes para calmar su dolor.

Trascurrieron así dos meses más; su naturaleza

debilitada por el sufrimiento no pudo resistir, se vió atacada por una fiebre fulminante que la postró en el lecho.

Yo entónces no me separaba ni un instante de su lado, de día y de noche á la cabecera de su cama, me olvidaba de Arturo y del mundo entero, solo pensaba en ella, y al considerar que podía perderla, sentia que el dolor me traspasaba el alma!

Pronto los mejores facultativos corrieron á asistirle, yo misma, sin permitir que otro lo hiciera, le aplicaba las medicinas todas, y al considerar sus sufrimientos me sentia desfallecer; los facultativos pendientes de ella no la dejaban ni un instante; en vano se agotaron en su favor los recursos de la ciencia, la enfermedad iba en aumento, ¡la muerte reclamaba ya su presa!....

Un dia llegó en que los médicos me quitaron la última esperanza; preciso es resignarse, me dijeron, la hora de su muerte ha sonado ya en el reloj divino, y la ciencia es impotente para salvarla.

Estas palabras helaron mi corazón de espanto; sin saber ni lo que hacia me arrojé á los piés de los facultativos.

¡Salvadla señores! exclamé anegada en llanto

¡ella es mi vida! ¡mi todo! ¿Qué voy yo á hacer sola en el mundo?

Los médicos conmovidos trataron de consolarme; pero ¡ay! ellos no podian evitar el golpe con que me heria el destino.

Pronto mi pobre madre recibió los últimos auxilios de la religion católica, y comprendiendo que iba á morir, me llamó un dia á su lado, era el sétimo de su enfermedad, y serian como las cuatro de la tarde; como de costumbre me senté á la cabecera de su lecho, reprimiendo las lágrimas que pugnaban por correr en mis mejillas; entregada me hallaba á mis lúgubres reflexiones, cuando la enferma se volvió hácia mí, y dirigiéndome una mirada sin brillo ya en sus ojos, y opaca como la del moribundo, con una voz débil, pero llena de amor y de ternura, Marta me dijo, quiero decirte el último adiós!.... Ven á mi lado hija mia, quiero tener el consuelo de abrazarte!....

Al acento lastimero de su voz no pude contenerme, el llanto brotó de mis ojos, y prorrumpiendo en amargos sollozos, me arrodillé á su lado, y oculté mi rostro en su pecho, exclamando con voz ahogada ¡madre!... ¡madre mia!... Aquel grito se escapó del fondo de mi alma!....

Ella entónces colocó sobre mi cabeza una de

sus manos trémula y yerta ya por el frío de la muerte; en sus ojos brilló un resto de vida, y haciendo un esfuerzo supremo reunió las fuerzas que le quedaban, y con acento débil é incierto me dijo: valor Marta, preciso es recibir con resignacion, hija mia, el cáliz que Dios nos envia. El ha querido privarnos del consuelo de estrechar á Fernando por la última vez entre mis brazos, de exhalar mi postrer suspiro sobre el pecho de ese esposo idolatrado, de recoger su último adios!... Me ha privado de esta última dulzura; ¡bendita sea su voluntad santa!.....

Mi madre se detuvo para cobrar aliento, y en seguida con una voz más débil y embargada por el llanto continuó. Cuando lo veas, le dirás que su imagen me acompañó hasta el postrer momento de mi vida; dile que al morir bendije su nombre, y á él dediqué mi último suspiro!..... Consuela á tu padre, hija mia, sé tú la que amenices sus dias, hazle con tus caricias olvidar la falta que pueda hacerle su fiel esposa, dile que al morir, mi amor quedará á su lado, que yo velaré por él, y allá ante el trono del Eterno pediré, que pronto venga á reunirse conmigo en las mansiones de la eterna dicha, donde espero ser recibida, y donde vuelo á prepararle un asiento á mi lado.

.....

Mi madre no pudo continuar, su voz se apagó, su cuerpo temblaba acometido de una contraccion convulsiva, y en su semblante asomaban ya las sombras de la muerte!.....

Yo, que anegada en llanto, y con el corazon despedazado la habia escuchado, me incorporé entónces, y dándole un beso en la frente, le dije con una serenidad que distaba mucho de tener: Cálmate, madre mia; tu volverás á ver á mi padre; pronto recobrarás la salud; pero ahora necesitas reposo; no te agites con pensamientos que te dañan; prométeme calmarte!.....

Mi madre procuró sonreirse; ¡es tan conmovedora la sonrisa de la muerte!..... y haciéndome seña de que no me retirase, volvió á colocar su mano sobre mi abatida frente, y guardó silencio.

Así trascurrió una hora, luego procurando hablarme, me dijo:

Te dejo sola en el mundo hasta el regreso de tu padre; recibe hija querida mis últimas disposiciones. Los médicos quisieron impedirle que hablase; pero ella les dijo: "Me quedan pocos momentos de vida; dejadme cumplir con los postreros deberes de una madre."

Yo, entónces, me sentí morir, y dejándome llevar del arrebató y quebranto en que me encon-